

30.
CORAZÓN DE JESÚS
VÍCTIMA POR LOS PECADOS

Cor Iesu, victima peccatorum

P. Antonio Vatsaba, Sacerdote ucraniano
Misionero en Ucrania

Cuando profesamos nuestra fe decimos que Cristo bajó del Cielo para nuestra salvación: «Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del Cielo»¹. Jesucristo bajó del Cielo para morir a fin de que nosotros pudiéramos vivir.

En su libro *La vida de Cristo*, el Venerable obispo Mons. Fulton Sheen escribe que Cristo es la única persona en el mundo que no nació para vivir, sino para morir. Morir por nosotros, para redimirnos de nuestros pecados.

Cristo nació para morir, es decir, para cargar Él con nuestros pecados, por el gran amor que nos tiene, pues sólo un Dios hecho hombre podía reparar la ofensa infinita hecha a la Bondad divina con el pecado.

«Sobre el Corazón de Cristo cae el peso del pecado del mundo. En Él se cumplió de modo perfecto la figura del “cordero pascual”, víctima ofrecida a Dios para que en el signo de su sangre fuesen librados de la muerte los primogénitos de los hebreos (Ex 12,21-27). Por tanto, justamente Juan Bautista reconoció en Él al verdadero *Cordero de Dios* (Jn 1,29): Cordero inocente, que ha tomado sobre Sí el pecado del mundo para sumergirlo en las aguas saludables del Jordán (Mt 3,13-16 y paralelos); Cordero manso, *al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda* (Is 53,7), para que por su divino silencio quedase

¹ Símbolo Niceno-Constantinopolitano.

confundida la palabra soberbia de los hombres inicuos»². Así Él es la víctima perfecta por nuestros pecados.

Por eso, como explica el mismo Papa santo, «Jesucristo es el *Salvador* en este sentido fundamental de la palabra: llega a la raíz del mal que hay en el hombre, la raíz que consiste en volver las espaldas a Dios, aceptando el dominio del *padre de la mentira* (cf. Jn 8,44)...»³. Esa raíz y causa de todo el mal es el pecado.

Muchas veces no somos conscientes de la fealdad que el pecado tiene en cuanto ofensa a Dios. El Beato Dom Columba Marmion⁴ explica la gravedad del pecado, que en la práctica «niega que Dios sea la soberana sabiduría y tenga autoridad para poder legislar; niega de hecho la santidad de Dios y rehúsa tributarle la adoración que le es debida; en la práctica, niega su omnipotencia, y su derecho a reclamar obediencia de seres que todo lo recibieron de Él; no reconoce, además, su bondad suprema, digna de ser preferida a todo lo que no sea ella; rebaja a Dios y le coloca en grado inferior a la criatura. *Non serviam!* “No os reconozco, ni os he de servir”, son las palabras que el alma pecadora repite en el día de su rebelión, aunque no lo haga verbalmente: lo dice a gritos con sus actos». «El pecado mortal es una ofensa contra Dios, es el mal contra Dios. Prácticamente, si no lo hiciera imposible la naturaleza de la divinidad, el alma pecadora heriría la majestad y la bondad infinitas: destruiría a Dios».

«Es precisamente esto lo que ha sucedido en el misterio de la Pasión de Jesús. El pecado llegó hasta dar muerte a Dios, y para ello el mismo Dios había asumido una naturaleza humana en la Encarnación, para hacerse

² SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (10/9/1989).

³ SAN JUAN PABLO II, *Audiencia general* (27/7/1988).

⁴ Seguimos la exposición de DOM COLUMBIA MARMION, *Jesucristo, vida del alma*, Parte II, 3.

víctima de inmolación». Jesús es víctima voluntaria, porque se ofreció libremente a su Pasión como víctima de expiación por los pecados de los hombres (Lv 1,4; Hb 10,5-10), víctima que fue consumada en el fuego de Su Amor.

El alma pecadora, por tanto, no es ajena a los sufrimientos que recibe Cristo en la Pasión, como dice más adelante Dom Columba Marmion: «El alma que comete deliberadamente pecado mortal, aporta su parte a esos dolores y ultrajes que caen sobre Cristo[...].

No sólo hay caídas mortales, existe también –y aquí tocamos un punto muy importante– el peligro de las faltas veniales [...]. En esta materia es necesario hacer una distinción; hay faltas veniales en las que nos deslizamos como por sorpresa, que son resultado las más de las veces de nuestro temperamento, que sentimos y procuramos evitar; estas faltas se nos remiten por un acto de caridad, con una buena comunión; y, además, nos mantienen en la humildad.

Mas lo que verdaderamente hemos de temer son las faltas veniales habituales o plenamente deliberadas, ya que son un verdadero peligro para el alma [...].

Porque de esas faltas fríamente admitidas, tranquilamente cometidas y que, sin sentir el alma remordimiento alguno, pasan al estado de hábito no combatido, resulta necesariamente una disminución de la docilidad sobrenatural, un relajamiento de la vigilancia, un debilitamiento de nuestra capacidad de resistencia a la tentación. La experiencia enseña que de una serie de negligencias voluntarias en cosas pequeñas nos deslizamos insensible pero casi fatalmente en las faltas graves [...]

La falta grave, pasajera, es mucho menos peligrosa, y sobre todo mucho menos funesta que una serie de faltas veniales habituales o plenamente deliberadas»⁵.

Nos podemos preguntar por qué esto es así y podemos responder con el mismo autor que se debe a que después de haber caído en el pecado grave un alma que en todas las cosas busca sinceramente a Dios se humilla, se levanta y procura encontrar, en el recuerdo de la falta misma que ha cometido, excelente motivo para conservarse y anclarse en la humildad. Mientras las faltas veniales cometidas con frecuencia y sin remordimiento la sitúan en un estado de constante contradicción a la acción sobrenatural de Dios. Dom Columba Marmion es aún más explícito en cuanto a la incapacidad en que nos deja este modo habitual de actuar: «Semejante alma no puede en manera alguna pretender un elevado grado de unión con Dios; antes, por el contrario, la acción divina va debilitándose en ella, el Espíritu Santo enmudece, y ella casi irremediablemente y sin mucho tardar caerá en faltas más graves. Nada se puede garantizar respecto a la salvación, ni mucho menos a la perfección de un alma que anda poniendo constantemente obstáculos a la acción divina y que no hace esfuerzos serios para salir de su estado de tibieza»⁶.

Cristo murió para liberarnos de la esclavitud del pecado, así pues, glorifiquémosle con nuestra vida recta y seamos dignos del sacrificio que Cristo hizo por nosotros.

Pedimos a la Virgen la gracia de llegar a la necesaria destrucción del pecado en nuestra vida, al punto de detestar el pecado y no pactar jamás con él, así como evitar las faltas veniales habituales o plenamente

⁵ *Ibidem.*

⁶ *Ibidem.*

deliberadas que destruyen en nosotros la intensidad del amor a Dios y el fervor para la santidad. Para ello nos ha obtenido, y anticipadamente, la gracia santificante y la remisión de todos nuestros pecados aquel Corazón amantísimo que en su infinito amor se hizo Víctima de expiación por nuestros pecados.